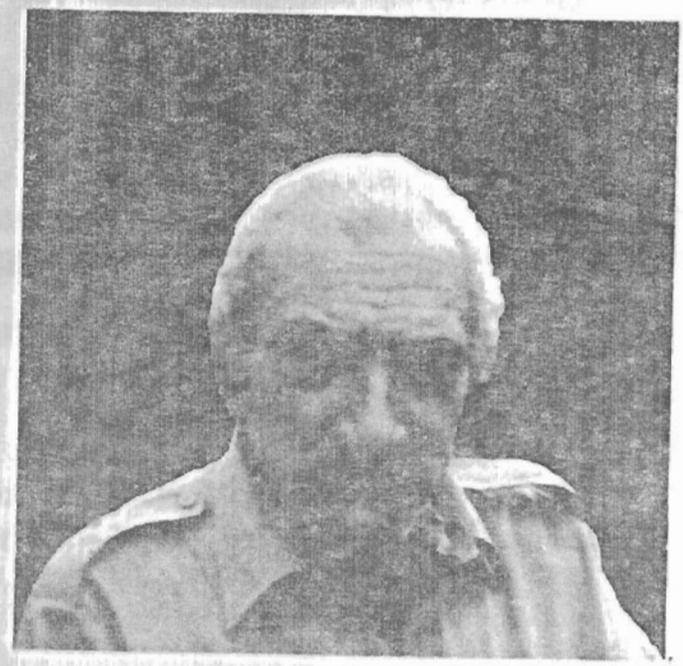


4-427

La aventura
intelectual
de **A**
PEDRO ARMILLAS

Visión antropológica
de la Historia
de América



Pedro Armillas

Tres conferencias de Pedro Armillas
pronunciadas en el Seminario que con ese título
dirigió en El Colegio de Michoacán
del 5 al 11 de diciembre de 1983.

Presentación y edición de José Luis de Rojas

Más una entrevista de Jorge Durand
a Pedro Armillas durante su estancia
en El Colegio de Michoacán



EL COLEGIO DE MICHOACAN

POR UNA ANTROPOLOGIA PEDESTRE

Entrevista a Pedro Armillas

por Jorge Durand
El Colegio de Michoacán

En diciembre de 1983 don Pedro Armillas dirigió un seminario sobre la "Visión antropológica de la historia de América" en El Colegio de Michoacán.

Los días pasados en Zamora fueron un reencuentro con México, con el buen tequila, con su ambiente. Además de una semana de trabajo fueron días consecutivos de celebración y conversación. Don Pedro fue rotando de casa en casa en comidas, cenas y festejos. Los días que no tenía compromiso, él era el que invitaba; se hacía llevar al hotel y los acompañantes sólo podían salir tres o cuatro horas más tarde.

Dejó con todos, estudiantes, maestros, investigadores. Con el bastón en la mano y la pipa en la otra acaparó y dirigió la conversación en todo momento. Sus clases o conferencias programadas para dos horas se prolongaron hasta tres o cuatro. Libre de papeles y esquemas habló simplemente de lo que sabía. Avezados conversadores como Luis González y Andrés Lira, tuvieron que dejar pasar el torrente de palabras, gestos y ruidos de un Pedro Armillas que al parecer, hacía tiempo que no se explayaba en su ambiente y en su idioma.

Hablo de estos días porque son la única imagen que tengo de don Pedro. Antes sólo lo conocía por un par de artículos leídos hace unos años. La entrevista se realizó en dos sesiones matutinas en los jardines del hotel Jericó. Ambas reuniones fueron interrumpidas por visitantes que también querían participar con él. Así y todo se lograron grabar cerca de cinco horas de plática.

Quedamos en que el verano siguiente revisaría la transcripción de la entrevista y completaríamos lo que faltase.

Como se sabe, el viaje de don Pedro a Zamora fue el último que hiciera a México. Publicar la entrevista y las conferencias dictadas en el seminario es un compromiso y una obligación de los que tuvimos la oportunidad de departir con él pocos meses antes de su muerte.

Como suele suceder, la entrevista empezó titubeante. La grabadora, la libreta y las explicaciones previas de lo que se pretendía lo incomodaron un poco. Después de un par de preguntas "de cajón", me cortó. "Vamos a ver" me dijo, "¿qué quiere usted, que le narre algo así como mi aventura intelectual?" Un sí rápido y entusiasta dejó lugar a unos murmullos, a una muletilla y se dejó ir. Lo demás fue escuchar y en ocasiones meter una pregunta para encauzar el torrente de su charla.

Tiempo después empezó la labor de transcripción que fue como recrear su estancia entre nosotros. Además pude disfrutar con calma el recuento de una aventura personal e intelectual apasionante. La edición supuso la tarea de "tijera y engrudo" para poner orden en el conjunto de temas y etapas de su vida que quedaron, en varias ocasiones, entreverados. Se ha respetado la versión literal y sólo se han quitado repeticiones innecesarias y algunas muletillas.

Varios colegas leyeron la versión mecanoescrita de la entrevista y cada cual comentó con entusiasmo partes diferentes del texto. De ahí que me atreva a invitar a los lectores al encuentro con un hombre y una vida llena de vericuetos apasionantes, pero con un solo proyecto: dar una visión antropológica de la historia de América.

ENTREVISTA

— Don Pedro, ¿cuáles fueron sus estudios, sus inquietudes intelectuales, allá en España, antes de venir a México?

Crecí diciendo, oyendo decir, porque no sé cómo surgió eso de que iba a ser arquitecto, ya desde muy temprano, desde que inicié el bachillerato. De manera que hice el bachillerato en ciencias y me lo confirmó la Universidad de Barcelona en 1932. En aquel entonces el bachillerato en España estaba dividido en dos: estudios comunes, la primera mitad y después se elegía la rama de ciencias o la de letras, según la carrera que uno quería seguir y para arquitectura era ciencias.

— ¿El bachillerato viene a ser la preparatoria?

Sí, viene a ser una combinación de secundaria y preparatoria. A continuación ingresé en la facultad de ciencias de la Universidad de Barcelona, porque en la escuela de Arquitectura, que era una escuela muy selecta, o selectiva, o restringida si se quiere, que no es lo mismo que selectiva, requería además de bachillerato en ciencias dos años ya a nivel universitario de ciencias y matemáticas; el programa de cuatro años de la licenciatura y pasar exámenes de dibujo de tres diferentes clases: de figura que era copia al carbón de la estatuaría clásica, de ornato, también copia de modelos renacentistas y demás y grabado a tinta. Bueno, yo ya estaba preparado en esa formación, había tenido afición al dibujo, pintura y demás.

Para hacerlo corto, pasé los exámenes de ingreso en archi-

ectura; pasé el primer año de ciencias y creo que el segundo. Pero mi propio interés era el arte. La pintura y no tanto la arquitectura.

Porque al asomarme al umbral de la escuela de arquitectura —y la escuela de Barcelona era entonces absolutamente académica— pensaba ¿cuál va a ser mi vida profesional? ¿Hacer casitas para burgueses?, entonces yo tendría que seguir sus caprichos y demás, en fin, es una profesión en que la actividad creativa estaba limitada, estaba medida por las demandas de un cliente que podía no tener ningún gusto. Entonces corté la arquitectura y me inscribí en Bellas Artes, una escuela que también era muy académica en Barcelona. No era porque esperara que prendiera ninguna llama en mí, sino porque eso me daba acceso a modelos. Pero en fin, me dediqué a la pintura y como parte de los cursos que se tomaban en Bellas Artes, tomé uno de Historia del Arte. Y me hice aficionado a la historia del arte, salí sobresaliente, me dieron medalla, una bonita medalla de plata, de plata maciza y grande, como eran en aquellos tiempos. Pero se ve que tenía algunas otras inquietudes intelectuales y también, considerando que me mantenían, la suave presión de mi padre, que me decía: "hijo ¿qué vas a ser...?" De manera que el año 35 le dije: "bueno pues me voy a inscribir en filosofía y letras por preocupaciones estéticas y demás, que se me habían desarrollado". Pero eso no era muy serio para mi padre, pero en fin, era un poquito mejor que las artes.

Así que el año 35 ingresé a la facultad de filosofía y letras de Barcelona, que en ese tiempo estaba con el régimen de autonomía, experimentando con programas muy excitantes para nosotros. Tomé unos cursos, no se qué hubiera pasado de no haber sido la guerra, porque me interesé por la literatura romántica; me interesaba la estética, la historia del arte.

Mirando retrospectivamente supongo que, si no hubiera habido acontecimientos históricos radicales, hubiera terminado probablemente como algunos de mis colegas, de mis compañeros de aquel tiempo: técnico de arte, de historia del arte, probablemente más que literatura, aunque también hacía mis pinitos.

Bueno en esa situación, llega el 19 de julio de 1936, lo cual me llevó a cambiar de la filosofía a la artillería. Ya durante ese año en filosofía y letras (1934-1935) me había afiliado a la Federación

Nacional de Estudiantes de Cataluña y me había unido a algunos grupos de activistas defensivos. Tuvimos que formar grupos de defensa para proteger la universidad de los ataques, de los asaltos de los falangistas, que estaban organizados con instructores militares y que promovían disturbios para entorpecer la marcha académica, las clases. En protesta, entre otras cosas, porque durante ese período de autonomía de la Universidad de Barcelona el catalán tenía la misma importancia que el castellano.

En ese tiempo los cursos se daban en español o en catalán, a elección del profesor, se suponía que los estudiantes tenían que saber, de modo que yo me encontré tomando griego clásico, con un magnífico poeta catalán, en catalán, y utilizando un texto en francés. En la educación española de aquel tiempo, sobre todo de aquellos años de oro, era obligatorio el francés en el bachillerato, y además había que pasar un examen de ingreso a la facultad, en el cual se requería traducción del francés y del latín. De modo que no había que preguntarles a los estudiantes si sabían o no, si no sabían no debían estar allí.

Yo había participado en las peleas estudiantiles, simplemente defensivas. Los falangistas mandaban grupos de choque a hacer alboroto a la universidad. Nosotros teníamos también nuestros grupos de choque para defender la universidad. ¡Mire, aquí tengo un golpe... eso fue a fines de enero, fue con un periódico enrollado, pero supongo que iba enrollado en una barra de acero. Porque los falangistas simulaban esas cosas.

Con la guerra, empezamos a organizarnos. Como activistas estudiantiles no teníamos mucho contacto con los partidos políticos. Para las uniones obreras éramos bastante sospechosos, éramos burgueses, pero en fin, anduvimos estableciendo contacto. Y por fin a uno de los grupos en el cual yo estaba, lo acogieron en el partido Socialista Unificado de Cataluña, sin requerir afiliación. Recibimos el consejo de que necesitábamos organizarnos militarmente porque esto iba para largo. Nos informaron que se iba a crear una Escuela Popular de Guerra, de preparación de oficiales, que nuestra preparación era lo mejor que podíamos hacer por la causa. De manera que así fue, el primero de septiembre del año 36

comenzaron los cursos de la Escuela Popular de Guerra que había organizado el gobierno autónomo de Cataluña.

Después de unas seis semanas de entrenamiento básico y de pasar unos exámenes de instrucción general se nos daba a elegir, cuerpo o arma. Para mí la infantería era demasiado...; ingenieros, poco combativo; artillería una combinación donde se tenía que usar la cabeza y combatir no sólo dando golpes. De manera que me apunté en artillería, para lo cual las matemáticas, que había aprendido en la preparación para el ingreso de arquitectura, me fueron muy útiles. Hice la guerra en la artillería. Y alcancé el grado de capitán.

—¿Conoció a alguno de los mexicanos que fueron a pelear allá?

No fueron a mi frente, que fue el de Aragón.

Bueno; había uno, pero no estoy seguro si era mexicano o gachupín, porque en España decía que era mexicano y después en México decía que era español. Pero en fin, residía en México, había ido a España como voluntario, yo creo que era de origen asturiano muy cercano, me lo colocaron como comisario ya en las últimas semanas de la guerra, en la cual había que relevar los mandos que estaban fallando, porque ya estaban buscando cómo correr, cómo salir. Entonces estaba en la comandancia general de artillería del Ejército del Este y me llamó mi jefe inmediato y me dijo: "Armillas tenemos que relevar a fulano, ha perdido la moral, también vamos a relevar al comisario, de manera que mañana va a tomar el mando de ese grupo y pasa a recoger a este comisario". De manera que las últimas tres, cuatro semanas, porque eran los días en que se perdió Barcelona, era la retirada forzosa hacia la frontera francesa, tuve un comisario español-mexicano. En toda mi campaña, que fue en Aragón y Cataluña, fue el único que conocí.

Esto me llevó a la frontera francesa, con la retirada general después de la batalla de Cataluña, en diciembre del 38, enero del 39. Estaba en el campo de concentración en Francia, sin perspectivas y empezaron a hacer listas de personas, que merecían o debían sacarlos de los campos de concentración. Era una situación muy

peligrosa porque la guerra mundial se veía venir, y claro, como sucedió, muchos de los que quedaron en campos de concentración fueron enviados por los alemanes a sus propios campos, otros como batallones de trabajo al sur de Argelia, al desierto, donde querían construir un ferrocarril de Argel a Dakar, a través del Sahara; allí murieron muchos. Y los otros fueron al Maquin, una buena parte de los maquisard franceses eran refugiados españoles escapados de los campos de concentración. Otros se unieron a los franceses libres, a las primeras fuerzas en África.

En fin, alguien, se ve que consideró que yo ofrecía grandes promesas... que merecía ser salvado, de manera que un buen día en el campo de concentración, me dicen: "oye, te vas a México", ¿México? "Es que tu nombre está en una lista de los que se van a México"; era la única posibilidad que veía de salir del campo, de modo que me pareció bien. La embajada de México en Francia mandó agentes a los campos de concentración, para darnos la documentación y demás.

De ahí me pasaron a la sección de mexicanos. Nos mandaron al puerto en vagones sellados y cuando llegamos al puerto donde embarcamos, fuimos custodiados por senegaleses. La persona que nos arregló la documentación se llama Fernando Gamboa a quien el otro día vi en la televisión.

Llegué a Veracruz en un barco colectivo, fletado por el gobierno español ya en exilio. Nos hicieron un gran recibimiento en Veracruz. Como puerto, la ciudad está más abierta y se considera más ligada a España, más que otras partes de México. Tenía una gran fuerza el obrerismo allí, de ahí que el recibimiento fuera muy espontáneo, organizado por los sindicatos, pero se veía que tenía ese carácter abierto del jarocho. En fin, fue una gran recepción; las pancartas llevaban escritos como: "Salud heroicos defensores de la libertad del mundo". Todo eso estaba organizado, pero después, andando por la calle, de repente se paraba un camión y se bajaba el camionero y preguntaba: "¿ustedes son españoles republicanos?", pues sí. "Quería abrazarlos y demás, ¿no aceptarían ustedes venir a mi humilde casa para que conozcan a mi mujer, a mis hijos?" y nos llevaban así a sus casas.

Llegamos a la ciudad de México a un club de refugiados y nos

hicieron un homenaje en la escuela nacional de maestros a aquellos de ese grupo que éramos estudiantes y profesores: nos dieron un banquete. Y me encontré sentado al lado de un joven, yo también era joven en aquel tiempo, y de una joven, eran marido y mujer, nos presentaron, sus nombres eran y son porque todavía viven, Ricardo Pozas y su señora Isabel Horcasitas. En la plática sobre lo que hacíamos me enteré que iban a ser alumnos, porque realmente se estaba apenas organizando, de una Escuela Nacional de Antropología y que la antropología que ellos iban a estudiar no era lo que se entendía, y hasta cierto punto se entiende, por antropología en Europa, que es la antropología física. Sino que incluía a la antropología física, lo que entonces se llamaba etnología y ahora se llama antropología cultural, la arqueología y la lingüística; era una visión más integral. Mientras tanto, yo quería ponerme sobre mis pies y no depender del auxilio del gobierno español ya en el exilio, ya organizado. De manera que por medio del general Gustavo Arévalo Vera, por cierto padre del actual secretario de Defensa, obtuve una plaza de ingeniero topógrafo en la Comisión Agraria Mixta de Chiapas. El general me sugirió ese empleo, por una parte por mi formación; en España había tomado cursos de ciencias y matemáticas y tenía práctica de topografía como oficial de artillería y por otra parte, porque era el último año del sexenio de Cárdenas y parece ser que estaba haciendo unas giras como despedida por el país y había llegado a Chiapas. Probablemente había visto que la Reforma Agraria todavía no avanzaba allí al grado que deseaba para cumplir su sexenio. En alguna forma el gobernador del estado de Chiapas, ingeniero Efraín Gutiérrez, pidió al Departamento Agrario que le mandara ingenieros. Antes de terminar su mandato quería hacer dotación de ejidos, de manera que durante la mayor parte de un año (del 39 al 40) estuve allí. En la ciudad de México creo que no estuve más de seis semanas.

—O sea, que entró de lleno en el México indio.

Exactamente. Sin transición porque en Chiapas descubrí que había gente de razón. Para hacerlo corto, mi trabajo allá, fueron los deslindes para dotar de tierras que eran nacionales. Por lo menos en el distrito en que yo trabajé, municipio de San Carlos

Altamirano, que está entre Ocosingo y Comitán, que en su parte oriente no tiene prácticamente límite oriental en el sentido de que eran las últimas fincas de ese rumbo que ya lindaban con los lacandones. Hice los deslindes para tres comunidades de indios tzeltales. Habían grandes extensiones, la mayor parte de ellos de territorio nacional. Era una zona con diferentes altitudes, la selva con unos árboles de caoba magníficos, el valle, que es la garganta del río Chaconejá con una zona de pinos y luego bosque con una serie de árboles extraños para mí. Los indios se habían salido de las fincas y se habían aposentado en esas tierras. Viví la mayor parte de ese año en las aldeas Tzeltales, porque me encontraba más a gusto con los indios que con la gente de razón. Eran casi todos monolingües en aquel tiempo, de manera que de una comunidad de 800 personas quizá 80 hombres adultos, tres o cuatro hablaban algo de Castilla y el resto puro Tzeltal.

Por mi formación y mis intereses, ser topógrafo toda la vida no correspondía con mis aspiraciones, con mis inquietudes intelectuales; de modo que cuando completé un año, como había hecho algunos ahorros, renuncié a mi puesto y decidí ir a la capital.

La experiencia de Chiapas fue un mundo nuevo para mí, tanto en lo físico, en el ambiente, como en lo específicamente social y cultural.

—Me imagino que en este primer contacto con el México indio surgieron muchas preguntas e inquietudes.

Así es, por eso cuando regresé a México, a la capital, a ver qué podía hacer me puse en contacto con la Escuela de Antropología de la que ya tenía noticias. Además varios refugiados e hijos de refugiados, como Pedro Carrasco, habían ingresado en la escuela. En parte por el exotismo y el deseo de aprender sobre México, sobre el cual se conocía muy poco en España y por consideraciones de tipo más práctico, si se quiere. El ingreso a la universidad requería más papeleo y había gente que llegaba sin papeles y demás y las puertas de esa incipiente Escuela Nacional de Antropología estaban abiertas, porque todavía no había puertas, bueno

esto es un poco de interpretación. Era un grupo muy pequeño, creo que en el año 40 había más profesores que estudiantes.

Llegué a México y me presenté a la escuela en donde el doctor Rubín de la Borbolla era secretario ejecutivo y le dije que quería seguir los estudios de antropología y que si había alguna beca disponible. Me dijo: "pues no, todas las becas están dadas a los estudiantes, pero, ¿qué hacía usted en Chiapas?", le dije que deslindando tierras en comunidades indígenas. "Entonces, ¿sabe usted topografía?", sí. "Bueno, en lugar de beca le voy a dar un nombramiento de profesor de enseñanza técnica superior, con cuatro horas semanales de clase, para que dicte un curso de topografía para entrenamiento de arqueólogos".

Lo empecé a dictar al comienzo del año académico, el primero de febrero de 1941 se hizo mi nombramiento efectivo. De los alumnos que lo tomaron recuerdo que había pocos; uno fue Alberto Ruz, la otra fue "Flores", Florencia Müller, que creo todavía está activa. Alberto Ruz estaba más avanzado ya en los estudios de arqueología, mientras yo empezaba. Desde el principio me atrajo intelectualmente, como maestro, el doctor Kirchhoff. Además mi interés en la antropología, que se había despertado en Chiapas, era por lo que entonces se llamaba etnología, la cultura viva. Tratar de entender aquel mundo extraño, espiritual y socialmente ajeno, en que había vivido. Pero por limitaciones lingüísticas y aún más por limitaciones intelectuales no estaba preparado para comprenderlo. Era un mundo misterioso para mí, de manera que me hubiera orientado hacia la etnología, me encantaba.

Pero resultó que mis conocimientos de topografía eran muy útiles para los arqueólogos, de manera que el primer trabajo a nivel de la planta de monumentos prehispánicos fue porque Kirchhoff había visitado una zona de Guerrero, en la cual había una fortaleza descrita en las relaciones geográficas del siglo XVI. Fortaleza de los mexicanos en la frontera de Michoacán. Yo estaba tomando un curso con Kirchhoff y me dijo: "Hombre, he andado por allá y esta fortaleza... sería bueno que con su experiencia militar fuera a hacer un reconocimiento". Total que consiguió unos fondos para que pudiera ir a hacer los reconocimientos y un mapa de la fortaleza, lo cual me llevó a una conferencia en la

Sociedad Mexicana de Antropología y a lo que fue mi primera publicación. "Oztuma, Guerrero, fortaleza de los mexicanos en la frontera con Michoacán", publicada en la *Revista Americana de Estudios Antropológicos*. También me valió un elogio, cuando le presenté el mapa que había hecho —un poco esquemático realizado en algunos días— al arquitecto Marquina, que era entonces el director de monumentos prehispánicos del INAH. Parece ser que los arqueólogos, no eran demasiado hábiles en hacer mapas.

—Usted ahí combinaba muchas habilidades: la cuestión de arquitectura, el arte, el dibujo, lo militar y su práctica en topografía.

Exactamente. Yo tenía el sueldo ese, de profesor, pero tenía una familia, una mujer y unas hijas que mantener y eso me era insuficiente. De manera que le pedí al arquitecto Marquina, si podía darme algo más. Bueno, pues de unos fondos libres que quedan, verdad, en cualquier presupuesto.

Para hacerlo corto el doctor Caso, director del Instituto a quien Marquina le dijo que se me podía contratar, me dijo que estaba interesado en la posibilidad, cuando lo dejaran libres sus múltiples ocupaciones y responsabilidades, de hacer excavaciones en un lugar llamado Cacaxtla, en Tlaxcala y Puebla. Y que podía hacerme un contrato para que hiciera un levantamiento de ese sitio arqueológico, también fortificado y mencionado en fuentes históricas. Caso nunca llegó a hacer excavaciones allí y lo que él buscaba eran pinturas, curiosamente es el lugar donde hace unos 7 años se descubrieron esas pinturas con escenas de batallas. Yo no hice excavaciones, sólo hice un plano para que Caso pudiera eventualmente excavar. Terminado y entregado ese plano, el profesor Noguera, que era entonces director del Museo Nacional, tenía fondos asignados para excavar en Xochicalco. Enseñaba también en la Escuela de Antropología y me parece que estaba tomando un curso con él de estratigrafía y cerámica. El era muy parsimonioso para gastar el dinero, incluso el dinero oficial, tenía mucho miedo de su responsabilidad, de que se dijera que estaba malgastando los fondos. En aquel entonces el presupuesto del Instituto era parte del presupuesto federal de Educación Pública,

lo que quiere decir que si las partidas asignadas no se gastaban en diciembre, regresaban al fondo general.

Y como se estaba acercando el fin de año y había que apurar, acordaron que yo ya estaba maduro, había tomado también ese curso de arquitectura prehispánica con Marquina y me saqué 10. De manera que entre Caso y Marquina acordaron que ya estaba maduro para, con su supervisión, poder encargarme de iniciar los trabajos en Xochicalco, hasta que llegaran las vacaciones de diciembre y Noguera pudiera venir. De manera que en noviembre de 1941 me mandaron allá. Primero a componer un camino, una brecha, porque entonces no había camino de acceso de la carretera general y después en la excavación del juego de pelota. Las primeras semanas Noguera venía los sábados a darme instrucciones, de manera que así me introduje a la arqueología y de ahí para adelante.

Al año siguiente, el Instituto había recibido fondos de una fundación americana para hacer excavaciones en Teotihuacan. Caso estaba muy ocupado y no lo podía hacer. Entonces la plantilla del Instituto era muy limitada y no había arqueólogos disponibles, no les interesaba y podían elegir sus trabajos. Se pensaba que sobre Teotihuacan se sabía todo, no había lustre. El caso es que necesitaban alguien capacitado como yo que había demostrado en Xochicalco que podía encargarme de eso.

Comencé mis excavaciones en Teotihuacan, en fin, las comencé para Caso. El venía cada sábado a ver qué estaba haciendo y me daba instrucciones.

—Entonces usted ya había dejado prácticamente la Escuela.

No. Seguía como estudiante y como profesor de topografía, tenía que combinar mis actividades en el campo con la Escuela y ese año estaba tomando el curso de Caso. Al año siguiente me nombró ayudante del curso de Arqueología en México. Después a él lo nombraron rector de la Universidad y con una serie de problemas políticos y esas cosas. De manera que me dijo: "Armillas le dejo a usted mi curso". Pero, maestro, cree usted que... "No, no, ya está usted preparado", me dejó incluso sus notas. O sea que

el 44 estaba yo dictando el curso de arqueología de México, lo cual por cierto creó algunos resquemores, un gachupín... verdad.

Bueno, tomaba clases, daba clases y además vivía en Teotihuacan, volvía a la capital los días de clases. Esa es una cosa que tanto como topógrafo en Chiapas, como después, ya como arqueólogo, siempre he considerado lo más adecuado, en fin, que rinde más: residir en el lugar de trabajo.

Bueno, seguía tomando cursos, sobre todo seminarios con Kirchhoff, entre otras cosas, porque una vez vi que el destino me empujaba hacia la arqueología, de lo cual estuve muy contento, pensé que no tenía sentido tomar cursos de arqueología en la escuela, la arqueología la estaba aprendiendo sobre la marcha, en el campo y lo que necesitaba era teoría para interpretar el material arqueológico. De manera que seguí tomando todos los cursos electivos que me convenían, de teoría de la cultura, de etnografía, para poder establecer analogías e interpretar el material arqueológico.

—¿Cuántos años se pasó en Teotihuacan?

Allí trabajé el 42 y 43 en temporadas de seis meses de campo, y el resto del año en análisis del material y volví a trabajar otros seis meses en 1945.

Fueron tres años, interrumpidos por el 44. En el cual, parece que con lo que se había descubierto el 42 y 43, se habían dado cuenta que, después de todo, había algo que hacer en Teotihuacan y que podía dar resultados muy espectaculares. De manera que, pues, no diré que me corrieron pero sí que me orillaron un poco de Teotihuacan. En 1945 volví porque los que me habían orillado habían viajado al extranjero en viaje de estudios y había que terminar ese trabajo.

—¿Cuáles fueron sus descubrimientos y avances?

Bueno, edificios y eso. Una cosa que despertó interés es que ya se habían descubierto pinturas murales en 1880 y se habían dejado destruir, en la plaza de la Luna. Después otras en los edificios llamados superpuestos en la calle de los Muertos. Creo que fue durante el periodo de excavaciones de Gamio, 1917 a

1922. También otras pinturas en Teopanzolco, que está cerca de la estación de ferrocarril de Teotihuacan. Para que las pinturas no se quedaran a la intemperie decidieron que había que protegerlas. Les pusieron un marco y esas cortinas de hierro metálicas, con una vibración tremenda y pegando el sol todo el día. Y cada vez que levantaban las cortinas, para enseñarlas a algún visitante, caía una lluvia de pintura porque ya se había reseca. Ya en mi tiempo quedaba muy poquito y cuando quisieron hacer algo con conceptos más modernos y técnicas de conservación ya no había nada que salvar.

—¿Estaba ya el museo de sitio?

Sí, ese lo había formado Batres en 1905 cuando reconstruyó la pirámide del sol, o cuando muy tarde en el tiempo de Gamio. Al pie de la pirámide del sol, había una casa construida en 1905, por Leopoldo Batres, un porfiriano, para los guardianes, que es donde yo vivía cuando trabajaba en Teotihuacan. Habían construido un ramal de ferrocarril hasta la casa, al pie de la pirámide. De modo que yo llegaba en tren hasta mi casa.

En 1910, al celebrar el centenario de la independencia, el gobierno de México invitó a muchas personas extranjeras incluyendo a antropólogos que habían trabajado en México o personajes ilustres. Me contó uno de ellos que en esa celebración les habían puesto un tren especial con coches-cama y restaurante y estaba aparcado al pie de la pirámide del sol y que cada mañana subía el grupo de invitados arqueólogos y profesionales de fama, subían al amanecer, seguidos por sirvientes que llevaban cajas de botellas de champán. De manera que se desayunaban, todo pagado por el gobierno porfiriano, con champán francés, arriba de la pirámide.

Lo que determinó el futuro de las excavaciones en Teotihuacan fue que siempre he tenido, yo creo, más comunicación con mis soldados, con mis peones de trabajo, con mis estudiantes en la escuela, que no todos los oficiales ingenieros, arqueólogos o maestros. De manera que a pocos días de comenzar a excavar en el lugar que Caso había determinado —porque se pensaba en la posibilidad de que encontraran tumbas, que era lo que interesaba

en aquel momento, para hacer una comparación con las tumbas de Monte Albán— infundí confianza a los peones y uno se acercó a decirme que, en su casa, detrás de la pirámide del sol, en el barrio del San Francisco, había oído que un vecino estaba haciendo hoyos en el solar de su casa, para plantar maguey, y se había encontrado unas pinturas y que las había tapado para evitar problemas. Porque ese solar quedaba fuera de la zona arqueológica determinada por Batres. Entonces el sábado el doctor Caso vino a ver el trabajo, le dije lo de las pinturas y se interesó. Se compró ese terreno y comenzamos simultáneamente las excavaciones en la calle de los Muertos y en Tepantitla, que era el nombre del solar. Caso vino, vio toda la escena y al sábado siguiente que regresó, ya había encontrado el significado de esto. "Esto corresponde a la descripción de Tlalocan, paraíso de Tlaloc, dios de la lluvia..." en fin, la descripción que hace Sahagún. Claro, se publicó en la prensa, sacó artículos con ilustraciones que le publicaron los americanos.

El resultado fue la falta de planeamiento. A partir de entonces las excavaciones de Teotihuacan estaban dirigidas a descubrir más pinturas, pinturas, pinturas. Era lo importante, lo que determinaba el trabajo. Si aparecían restos de pinturas o frescos, allí se excavaba. Margain comenzó el 44 y yo continué el 45. Después que yo me desconecté de Teotihuacan, las excavaciones posteriores estuvieron dirigidas principalmente a encontrar pinturas.

En lo que a mí concierne, lo que yo descubrí, cuando hablo de descubrí no estoy hablando de descubrimientos con D mayúscula, sino para mí, lo importante para mi desarrollo intelectual, profesional, es que andando por la zona —era muy andador— viviendo allá, terminado el trabajo del día que no terminaba pronto (trabajaba de 7 a 3 de la tarde), yo me dedicaba a recorrer la zona, observando. Muchos años después descubrí que el joven Edward B. Taylor, en 1856, en su visita a Teotihuacan y a México, por razones de salud, fue aquí donde se hizo antropólogo y uno de los padres de la antropología. Su primer libro fue *Anahuac, México and Mexican...* que se publicó en Londres en 1861, donde dice que vieron tantos restos en Teotihuacan y que cuando venían para México pensaban que las descripciones de los españoles acerca de

la grandeza de Moctezuma eran exageraciones, mentiras ibéricas. Y ahora que veían estos restos pensaban que acaso se quedaron cortos. La realidad es mucho más impresionante. Sobre todo al ver Teotihuacán como ruinas, sin haber sido excavado. En cualquier lugar aparecían muros de construcciones, cerámica por todas partes.

Una cosa de la que me di cuenta y que entonces parece que no estaba generalmente clara, ni siquiera aceptada, es que Teotihuacán era un centro urbano y no lo que se consideraba: un centro ceremonial, con algunos residentes, pero que serían los sacerdotes y sus sirvientes.

—En sus paseos fue recorriendo, pisando, toda esa zona urbana.

Exactamente, es lo que yo llamo arqueología pedestre, la que se hace con los pies. Para entonces ya tenía un puesto en el Instituto, era arqueólogo del Departamento de Monumentos Prehispánicos, daba más cursos en la Escuela, seguía dando el curso de topografía para arqueólogos, pero claro eso me aburría porque tenía cursos más estimulantes: arqueología de México, tecnología primitiva, seminarios.

—Estas reflexiones sobre el espacio urbano de Teotihuacán, ya las había escrito en ese tiempo.

Las fui insinuando, quizás el primer trabajo donde ya quedó claro, fue en uno que publiqué en Argentina en 1950, "Teotihuacán, Tula y los toltecas". Aunque revisando mi primer informe, resultado de las primeras temporadas de trabajo en Teotihuacán, me parece que indico algo sobre esas cosas. Aunque, cuando yo comencé a hablar de que Teotihuacán era un centro urbano, conforme me fui liberando del concepto de centro ceremonial, hubo mucha oposición, en fin, que era una invención. O preguntas de este tipo: Un centro urbano tiene que tener un mercado y ¿dónde está ese mercado en Teotihuacán?; bueno, nadie lo ha buscado. Además, qué es un mercado, el mercado de Oaxaca es bastante importante, pero está en unas calles, si eso se hubiera destruido, arqueológicamente sería muy difícil establecer

que allí había un mercado, sobre todo cuando hay tan poco conocimiento de la vida de Teotihuacán.

Con estos antecedentes, el año 44, Caso, las autoridades del Instituto y Miguel Cobarruvias que se había incorporado como consejero del Instituto, fueron a ese almacén, que llamaban Museo Nacional, en la calle Moneda. Fueron a verlo y decidieron que había que modernizarlo. Encargaron a un pintor convertido en museógrafo, Fernando Gamboa, instalar una sala de códices, de escrituras, sala pequeña, pero como una especie de proyecto piloto de modernización en la presentación. Era muy estimulante, porque había algunos códices en las vitrinas. En vista de eso se decidió que la próxima sala a instalar fuera la de Teotihuacán y naturalmente me asignaron para ser colaborador de Fernando Gamboa. De manera que fue mi segundo encuentro, después del primero en el campo de concentración en Francia. Y Fernando Gamboa, por su credo marxista, comenzó a hacerme una serie de preguntas: "¿qué sabemos sobre la base económica de Teotihuacán...?" y sabíamos muy poco, de eso no había nada. "¡Pero ahí debió haber algo!" Y ahí, incluso en la sala quedó esta idea de que Teotihuacán no era simplemente las pirámides, pues había una vida urbana. En fin, tanto me apretó, que descubrí cosas que apenas había notado. En mis excavaciones en Teotihuacán, había pensado que había residencias, porque en algunos patios había encontrado metates. Eso generalmente se tiraba, quedaba con los escombros o se arrinconaba en el museo sin anotar dónde estaba. Indudablemente había gente que vivía y comía allí y se tenían que encontrar metates. De manera que él me preguntaba: "bueno ¿agricultura?", pues se supone que tenían allí cultivos, pero cuál era la evidencia. Bueno, yo había encontrado mazorcas de maíz... esto me obligó a escudriñar, por ejemplo, viendo las pinturas en un friso se ve un campo, incluso chinampas, el agua, campos irrigados, una serie de plantas de maíz. Así instalamos esa sala que era una gran novedad, en la presentación.

—Bueno, después de clasificar tepalcates —cuántos clasificaría usted allí—, quedaban muchas preguntas.

Trescientos mil. Claro lo de los tepalcates sólo da una

cronología interna. Pero lo de los tepalcates me sirvió en mi carrera, porque la relación que establecía entre tepalcates, los edificios y las diversas fases de construcción y reconstrucción en que trabajé, llamaron poderosamente la atención de los arqueólogos norteamericanos que trabajaban en México y Centro América. De manera que me hicieron comentarios muy elogiosos — impresos — lo que me ayudó a progresar en la carrera.

De manera que el museo me planteó una serie de preguntas y también las clases de Kirchhoff y la influencia marxista. Yo no me puedo declarar marxista, porque he leído muy poco de Marx, pero he leído a Engels y del materialismo histórico.

Fueron tiempos difíciles, incluso con los dos sueldos, era bastante escaso, porque eso coincidía con la inflación de la segunda guerra, de manera que los sueldos que en 1940 eran muy razonables, no los había aumentado en proporción a la inflación. Algo como lo que está pasando ahora aquí y en los Estados Unidos; mi sueldo actual en la universidad se ha doblado, pero en poder efectivo estoy ganando un 10% menos de lo que estaba ganando hace unos años.

El año 46, me llamó Gamboa y me dijo que tenía un trabajo que sería pagado, que necesitaba alguien y que yo era la persona indicada. Marte R. Gómez que en ese tiempo era secretario de Agricultura, le había encargado a Gamboa presentar una exposición permanente en la escuela de agricultura de Chapingo. La idea era la glorificación del impulso dado por los gobiernos de la revolución a la irrigación, el desarrollo agrícola de México, el gran impulso dado a las obras hidráulicas. Pero para la continuidad debía haber una parte histórica: acueductos coloniales y lo que habría de los aztecas. De manera que Gamboa me ofreció contrato, por una cantidad que no era gran cosa, pero en fin, no estaba mal. Y desde luego para mí era un ingreso muy importante, en aquel tiempo.

Lo que sabía yo en el aquel tiempo era lo de las chinampas; sabía que en el valle de Teotihuacan en 1580 había riego, un mapa de las Relaciones Geográficas del siglo XVI muestra el sistema de riego de Teotihuacan, pero no se sabía si eso era prehispánico. Era aquello del clima intelectual, que se hablaba de la agricultura

de roza y no del riego. Bueno, los acueductos de Nezahualcoyotl, que yo había visitado.

Al aceptar la comisión, lo primero que hice fue ir a ver al maestro Caso. "¿Me puede usted ayudar, qué sabe usted de agricultura hidráulica?" "Bueno: las chinampas, los jardines de Chapultepec, los jardines de Moctezuma en Oaxtepec...", de manera que tuve que navegar por mi cuenta.

En parte ahí también entran técnicas de investigación, publicaciones sobre cómo sistematizar, organizar la recolección de datos. Alguien me dijo que buscara en las Relaciones Geográficas. Entonces comencé a utilizar una serie de fuentes, por ejemplo, en los viajes del padre Ponce, hay un montón de referencias sobre regadíos. Se ve que eran muy observadores: "pasaba por unos huertos regados y preguntamos al indio que estaba regando..." en fin. De manera que encontré que los regadíos prehispánicos, que eran mucho más que las chinampas y los jardines, formaban una buena parte de la producción agrícola, en algunas partes, casi la única. Se sabía que había regadíos de importancia en todas las zonas de Mesoamérica, que no tienen el clima de selva tropical. En el altiplano y en la costa del pacífico en Oaxaca, de manera que tenía una serie de fichas, informaciones y un mapa de distribución de regadíos en Mesoamérica a principios del siglo XVI, parte de lo cual publiqué años más tarde. Lo que pensaba sería una serie de notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica, sistemas de regadío y humedad en la cuenca del río de las Balsas, fue la única parte que llegué a publicar en detalle, de aquel trabajo que hice para Chapingo.

En ese año (1946) seguí tomando cursos y enseñando. En la escuela teníamos entonces a un profesor visitante en un programa de cooperación de investigaciones en México: Foster, con su estudio de Tzintzuntzan, que era director de programa aquí. Beals también estaba y tenía a Pedro Carrasco como ayudante; hicieron algo en Michoacán en ese programa. Isabel Kelly estaba en el trabajo de Tonacapan, en el cual estuvo Palerm como participante. En ese programa uno de los participantes, geógrafo e investigador, era Robert C. West, quien el año de 1946 ofreció una práctica de estudio del paisaje cultural, de las técnicas topográficas

cas elementales, para hacerlas en la zona de las chinampas. Y yo me inscribí, José Luis Lorenzo también, Gabriel Ostina de Colombia, entre otros; éramos un grupo pequeño. Estuvimos trabajando en la zona de las chinampas, en el registro de datos como ejercicio, pero después de eso a mí me interesó el asunto, de manera que al terminar el curso seguí como colaborador e hicimos el estudio de las chinampas vivas y el sistema de cultivo. Todo esto se publicó en un artículo, en *Cuadernos Americanos*, que lo titulamos "Las chinampas de México. Poesía y realidad de los jardines flotantes". Y eso coincidió con el estudio sobre riego, de modo que fue un efecto cinagético.

Mientras tanto, era aparente que mi condición de español todavía no era totalmente olvidada a pesar de que ya estaba nacionalizado. De manera que en casos de igualdad, en situaciones de tener que elegir entre otros méritos, siendo iguales, el nacimiento me ponía a mí en desventaja. De hecho, lo que me abrió los ojos fue que la Fundación Rockefeller había concedido unas becas para formar profesores de la escuela en antropología de Sudamérica, porque no había realmente conocimiento en México. Habían dado fondos considerables para que el profesor Noguera, que enseñaba arqueología de Norteamérica y de Sudamérica, ésta puramente libresca, hiciera una gira de un año. Pero por razones personales, el profesor Noguera, a última hora, decidió que no iba. Entonces para no quedar mal con la Fundación, se dividió la beca en dos. Mandaron un arqueólogo y un etnólogo: Fernando Cámara Barbachano. Bueno, al considerar la situación, el arquitecto Marquina, gran caballero, que era mi jefe, se creyó en la obligación de darme explicaciones (¿No tienen ustedes ese dicho de "con azúcar está peor"?). Me llamó a su oficina y me dijo: "Armillas, le debo a usted una explicación. En la concesión de la beca de la Fundación, todos consideramos su nombre, que se lo merecía, pero en fin, se la dimos al otro, porque usted no es mexicano de nacimiento puede crear oposición...", y le dije: "la persona a quien se le dio la beca tiene más antigüedad en el Instituto que yo y eso para mí es suficiente razón. En la cuestión de quién tiene más méritos, pues es una cuestión de apreciación personal y yo puedo quizás diséntir. Pero lo que me dice, que fue

por mi nacimiento que se la dieron al otro, estoy perdido. Mire usted, si es por antigüedad, pues, llegará el momento en que yo seré mas antiguo que otro; si es por méritos, habrá que trabajar duro para mostrar que mis méritos son superiores, y eso lo puedo hacer; pero por mucho que haga, nunca seré mexicano de nacimiento". Como dice José Luis Lorenzo fui el quitanieves, la máquina que abre brecha, para allanar las dificultades. Entonces había mucha oposición y salían los ataques en los periódicos. Cada vez que a mí me daban algo en los Estados Unidos me sacaban en los periódicos. A un profesor de filosofía de la Universidad de Barcelona, llega a México refugiado, le dan plaza, y se hizo nombre. Lo invitan a dar cursos en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Y en un mismo número de *Excelsior* en primera página, con letra grande, salió: "nos han sustituido por refugiados españoles"; se acusaba a la Universidad de que daba preferencia a refugiados españoles que ni siquiera eran mexicanos por nacionalidad, nombrando entre otros al doctor Fulano. Y en la otra página "Mexicano que honra a México en el extranjero. El profesor fulano catedrático de la Autónoma ha sido invitado..." Hecho histórico, por eso lo menciono. Entendí muy bien que si quería abrirme camino, tenía que buscar otro lugar. De manera que se me ocurrió solicitar una beca Guggenheim. Eso sí, con el apoyo de Borbolla, Marquina y de todos, porque siempre se portaron muy bien conmigo. Esa situación, quiero que se entienda, no era una situación extrema, pero era ambigua. Solicité la beca y me la dieron. El tema que me interesaba en ese entonces eran estudios comparativos de la civilización mesoamericana y andina. Pero Borbolla, no sé si por interés de la Escuela o por otras razones, me dijo que eligiera el tema de relaciones culturales precolombinas entre México y los Estados Unidos, era un tema candente en ese momento. De manera que por consejo de Borbolla presenté la solicitud, para llevar a cabo en Estados Unidos estos estudios. Me concedieron la beca que era de gran prestigio; ahora la Guggenheim se ha burocratizado pero en ese tiempo era una institución de gran amplitud de miras. Como decía un colega norteamericano: "esto es maravilloso, una vez concedida la beca, parece que todo el interés que tienen es el desarrollo de nuestra maravillosa

personalidad". Yo había hecho el proyecto de hacer primero escala en la Universidad de Texas, para ver las colecciones y conferenciar con los colegas, que me llevaron a recorrer sitios arqueológicos en Texas y Louisiana, porque son los que tenían relación más directa con la huasteca de México. Luego pasé por San Louis Missouri para ver los montículos de Cahokia, la mayor pirámide de Norteamérica; después de la de Cholula y la del Sol, es la tercera. Llegué a Nueva York, a ver museos y conferenciar con colegas y me presentaron al secretario de la Fundación. Me dijo: "Bienvenido. Usted tuvo que presentar un proyecto porque tenemos que cumplir con estas formalidades, pero si usted se limitara a cumplir ese plan, demostraría que no ha aprendido nada durante este periodo, de manera que no se sienta ligado a ninguna obligación, haga usted lo que quiera, siga sus intuiciones e intereses, visite usted los museos y espere, porque los colegas con los que usted quiere hablar van a pasar por Nueva York en cualquier momento". Seguí el consejo y me quedé en la Universidad de Columbia, donde estaba Pedro Carrasco en aquel tiempo haciendo el doctorado. El me [presentó] a Wittfogel.

Los peruanistas que estaban allá me invitaron; habían estado trabajando en el proyecto del valle del Virú y tenían una reunión para evaluar los resultados del proyecto cooperativo conjunto que habían hecho el 45-46. De manera que me presentaron al doctor William Duncan S., de la Universidad de Columbia. Nos hicimos muy amigos y me dijo que tenían una reunión en Nueva York y me invitaban a participar para propósitos comparativos. De manera que el resto del año lo ocupé en estudiar las colecciones peruanas y conversar con peruanistas, más que con mesoamericanistas. Presenté en ese simposium una interpretación cultural, evolucionista de la arqueología en Mesoamérica, un concepto nuevo que Kirchhoff había formado.

Cuando yo comencé, los arqueólogos que trabajaban en México estaban divididos, de este lado del istmo de Tehuantepec eran mexicanistas y mayistas los otros.

Había poquísima comunicación y el concepto de la unidad fundamental de las civilizaciones de México, Guatemala y Honduras, un concepto fundado con base etnohistórica que Kirchhoff

publicó en 1943. No había sido asumido. Es un concepto al nacimiento del cual yo asistí en alguna forma, incluso en la forma en que un estudiante contribuye a estimular el pensamiento del maestro. Esa formulación la estaba elaborando Kirchhoff en los seminarios que nos daba en 1942.

Este concepto lo apliqué al poner en orden los datos arqueológicos que se conocían entonces. Esa presentación llevó a la publicación que se llama: "A Reappraisal of Peruvian Archaeology" en *Memorias de la Sociedad de Arqueología Americana*, publicado en 1948. Un trabajo que se ha convertido en clásico, por ser el primero que planteó estas secuencias.

Otro de los resultados fue que llegando a Nueva York, una de mis primeras visitas fue a la librería de la Universidad de Columbia porque en aquel tiempo las librerías de México no estaban muy ampliamente surtidas en materiales de fuera. Recuerdo que había conocido en persona a Ruth Benedict y quería su famoso clásico *Patterns of culture*. Había sido uno de los textos que se manejaban en aquel tiempo, posiblemente yo lo había tenido en una lista de lecturas sugeridas, pero por una cosa u otra nunca lo había leído. Me fui para ver qué había en la librería y comprar el libro de Benedict. Pero mirando, vi uno de Gordon Childe, *What Happened in History*. El nombre me era familiar porque en un curso que había tomado en México con el doctor Bosch Gimpera, catalán de la Universidad de Barcelona, de prehistoria de Europa, había mencionado a Childe y su interpretación sobre la expansión de la agricultura por el Danubio al norte de Europa. Como el nombre me era familiar lo compré, y me fui con mis libritos a la casa internacional donde estaba alojado, en la Universidad de Columbia. Miré el libro de Ruth Benedict, era el mediodía, luego lo dejé y agarré el de Childe. Lo abrí, comencé a leer, seguí leyendo y no me levanté hasta que lo había terminado, a las siete de la tarde que era hora de cenar. El interés que me despertó fue porque me ayudaba a poner todas estas cosas juntas: la urbanización, algo del riego, el concepto general de materialismo histórico marxista, la interpretación de los datos arqueológicos como historia cultural y social. De hecho, afortunadamente sucedió unas semanas antes de este simposium, de manera que la

orientación de este trabajo se debió al descubrimiento de Childe. Eso fue quizá el principal estímulo o beneficio que recibí: abrir o ensanchar mis rutas intelectuales. Si uno creyera en milagros, en la acción de la Divina Providencia, imagínese esa coincidencia del taller y la investigación de las chinampas vivientes con West, el contrato que Gamboa me proporcionó para la preparación de la sección prehispánica de mi irrigación en Chapingo, el viaje a los Estados Unidos y el contacto con los peruanistas que daban un elemento de comparación, el descubrimiento del libro de Childe, que complementaba, que daba sentido a la arqueología, orientación y una interpretación de la evolución cultural que yo había recibido de Kirchhoff, y él era un arqueólogo, por tanto también podía aplicarse a la interpretación de datos arqueológicos, ¿no es esto una coincidencia providencial?

—Un paréntesis. ¿No hubo problemas para un republicano español en ir a los Estados Unidos?

Para la Guggenheim no, además yo fui como mexicano y en fin para los republicanos españoles el 47 no creo que fuera difícil, a no ser que estuviera fichado como comunista o que alguien le denunciara. Como Dalí denunció a Buñuel como comunista y tuvo que salir de los Estados Unidos y afortunadamente se vino a México. Si el cabrón de Dalí no lo hubiera denunciado como rojo peligroso, Buñuel quizás hubiera terminado en la rutina de Hollywood, dirigiendo películas. Tuve algunas dificultades después, en sucesivas entradas a los Estados Unidos, pero la condición de ser republicano español no era, ni es, problema.

Bueno, regresé a México a mi puesto de arqueólogo de la división de monumentos prehispánicos y de profesor de la Escuela de Antropología. En lo que fue, en términos de docencia, un periodo muy fructífero porque la experiencia de esta apertura, no tanto del ambiente, sino el tener un año completo para hacer análisis de conciencia y que dieran fruto todos esos cimientos que eran la experiencia de los años anteriores. De manera que comencé a dar una serie de seminarios sobre la agricultura en Mesoamérica, la guerra y la urbanización con un grupo de estudiantes, entre ellos Palerm, al que conocí a mi regreso de Estados Unidos, Esteva, Fábregat, José Luis Lorenzo, y después americanos, entre

ellos René Millon, Eric Wolf, William Sanders. Eran verdaderos seminarios: había mucha comunicación en ambos sentidos y fue muy fructífero, tanto que se cita en la historia de la arqueología americana. Allí empezó la relación de Palerm con Wolf, yo los puse en contacto, los presenté y se hicieron muy amigos. Estaba yo haciendo los preparativos para ir a excavar a la Quemada, Zacatecas, el último día y se presentó el joven Eric Wolf, que quería hacer sus estudios sobre México y ya tenía una idea de lo que quería hacer. Le invité una cerveza al salir de la oficina y le comuniqué que me iba fuera, pero que una persona que podía ayudarme era Angel Palerm. Fue un periodo fructífero para los estudiantes que había en aquel tiempo y para mí. También me ayudó en el desarrollo de la teoría y demás.

En términos de aventura intelectual otra cosa muy importante fue que a mi regreso a México establecí un contacto, que siempre fue a distancia, con un arqueólogo inglés que estaba visitando México. Este le había dicho a don Pablo Martínez del Río que estaba interesado en fortalezas y arte de la guerra y don Pablo le había dicho que yo sabía de esas cosas, porque yo había tenido interés en estudiar fortificaciones y había publicado un trabajo en *Cuadernos Americanos* en 1947. Resultó que me pidió que le mandara un sobretiro, se lo mandé y recibí una invitación para una publicación de arqueología inglesa, cuyo fundador y director había sido uno de los padres de la aplicación de la fotografía aérea. Digo uno de los padres porque fueron por lo menos tres, un inglés, un francés y otro alemán, todos pilotos de la primera guerra mundial y arqueólogos. Habían descubierto que veían muchísimas cosas desde el aire; cuando estaban fotografian-do las trincheras alemanas en Flandes se encontraban que además de las trincheras aparecía ahí, completamente definido, el cuadrilátero de un campamento romano.

Entre otras cosas, este Crawford había llegado a establecer o diferenciar las parcelas de cultivo prerromanas, que llamaron célticas, posromanas de la alta edad media y el periodo de las invasiones anglosajonas y la parcelación más moderna del siglo XVI para acá. La forma de los terrenos refleja cambios en la organización social, cambios ecológicos y tecnológicos como la

alternancia de cosechas o rotación de cultivos. De eso ya me había platicado Kirchhoff, porque él había pasado por ahí como refugiado de Hitler en su camino hacia América. Otra relación surgió con otro arqueólogo que había estado en México y se interesaba por fortalezas y que le gustaría que escribiera una versión en inglés sobre este tema para publicarlo en *Antiquity*, y esto me llevó a descubrir la revista que no la conocía.

A partir de los cincuenta comencé a utilizar fotografías aéreas de México, trabajé con la Compañía Mexicana de Aerofoto, una compañía comercial muy cooperativa. Ahí descubrí los usos de la fotografía aérea y los criterios, es decir la posibilidad de aplicarlos a sistemas de cultivo, o de tenencia o del régimen de parcelación agraria; por supuesto, para la identificación de canales de riego antiguos, caminos, patrones de asentamiento, la visión integral del paisaje y todas las implicaciones culturales que la fotografía aérea podía dar. De manera que eso, no diré que abrí una nueva etapa, porque todo es continuidad, pero, en fin, fui ampliando mis posibilidades en una orientación que ya venía de antes.

—En todo esto le sirvieron de mucho sus conocimientos anteriores, sobre todo de topografía.

Claro, todo está relacionado, lo que me ha servido mucho en la arqueología es la artillería; como oficial de artillería hay que tener, en primer lugar, el sentido del terreno y de la observación de lo insólito. Eso se aplica a lo mismo: a tener una idea de dónde puede estar un yacimiento arqueológico en relación a la totalidad del paisaje, dónde pueden estar localizadas las trincheras enemigas que uno tiene que batir. Y lo insólito, eso de ver que hay una agrupación de matorrales en un paisaje donde no hay matorrales tan concentrados. Porque hay matorrales que crecen en las piedras de las ruinas, puede ser que sí o que no y resulta que uno se acerca y hay tepalcates por ahí. Lo mismo se descubría oteando el horizonte en el frente enemigo. Uno descubría allí una mancha aislada, o un montón de ramas o unos arbustos que no tenían por qué estar allá y que podían ser el camuflaje de una batería enemiga.

Otra cosa, estuve un periodo de ayudante de campo del comandante general de artillería del Ejército del Este, acompañándole en sus visitas de inspección a las baterías en el frente y adquiriendo ese sentido del paisaje integral.

Y los mapas, el cuarto de mapas, esa visión de conjunto que el mapa da. Después fui herido y al salir del hospital fui transferido a un puesto como oficial en la oficina de información de artillería. Lo cual quiere decir que mi misión era recibir las partes de las unidades en el frente donde se habían situado los emplazamientos de artillería enemiga y hacer un resumen de eso y lo que podría significar en términos de las intenciones del enemigo, todo eso, además, poniéndolo en un mapa. Con esta visión, conforme mi carrera se desarrolló, contribuí a convencer a mis estudiantes y colegas de la necesidad de estudios de área, que no de sitio. Lo que presenté ayer sobre el paisaje del área azteca,* muchos de los conceptos, de la visión integral, la adquirí en el cuarto de mapas de la comandancia general de artillería del Ejército del Este. De manera que comencé a utilizar la fotografía aérea cuando tuve que salir de México.

—Como que su experiencia profesional, intelectual, académica, es un conjunto de muchas especializaciones, y sus resultados también son interdisciplinarios. ¿Qué opina de esta formación que nosotros estamos recibiendo, mucho más parcelada?

Puede ser que esta fragmentación quizás sea inevitable, por la explosión de información y de desinformación. Porque mucho de lo que se publica sería mejor que no se publicara. Ciertamente en arqueología y en cualquier disciplina hay subdisciplinas, la cantidad de información que uno tiene que absorber, como estudiante de arqueología o como participante, para estar al corriente, es enorme. En nuestro tiempo, era mucho más limitada la información y aún más en la generación anterior.

Prácticamente todos los antropólogos tenían alguna práctica, no sólo conocimiento libresco, de por lo menos tres de las

* Seminario dirigido por el doctor Armillas en El Colegio de Michoacán en diciembre de 1983.

subdisciplinas, lingüística, arqueología y etnohistoria. De los grandes de aquel tiempo, de una o dos generaciones anteriores a la mía, como Kroeber, por ejemplo, que había excavado en Cuicuilco, tenía trabajos en Perú y también de lingüística. Pero la fragmentación limita muchísimo porque los estudiantes tienden a aprender teoría y metodología de una manera más bien libresca y eso en una sola subdisciplina. Bueno, no hay remedio. Un remedio sería pensar en el equivalente a lo que sucede en el ejército, donde hay una escuela militar subdividida en varias ramas, según el arma. Porque se requiere especialización, pero hay una escuela de estado mayor o escuela militar general para la formación de mandos más altos, para mantener la unidad de las cuatro armas. La fórmula prusiana, del estado mayor general que se forma en doctrina militar, en nuestro caso sería teoría.

—Esto se relaciona con una discusión actual en El Colegio de Michoacán en torno al doctorado. Discutíamos si debería ser más bien un doctorado en ciencias sociales en sentido amplio, donde se vieran varias disciplinas afines. El doctorado, que generalmente es la superespecialización, fuera al revés.

Claro. Es la idea de la escuela militar general o de la academia de estado mayor. Está al revés, de cabeza para abajo. Comienzas con los cursos generales, eso es evidente y después, cada vez te vas especializando más y más. Yo por ejemplo no tengo ni la maestría. No me he preocupado de sacarla. Había terminado un montón de materias pagadas en la escuela, mucho más de las necesarias, pero vino la beca y cuando regresé me faltaba una materia del primer curso general que pasé, pero había dejado pendiente porque tenía que salir al campo antes de que terminara el curso. Después cuando regresé y pensé pasar las formalidades de la maestría resultó que ya habían cambiado el programa y tenía que tomar varios cursos más, entre ellos los que yo mismo había enseñado. Bueno, ya no me preocupé y no me he preocupado. De manera que mi posición en Estados Unidos es especial, porque los requerimientos son del doctorado o *equivalent qualification*, y a mí me han contratado como profesor con equivalencia. Esto lo requieren para los catálogos, donde ponen los datos de cada uno.

A mí el único título que me ponen es el de bachiller en ciencias, que es lo que vi en España...

—Bueno, volvamos, dejó México en 1955.

La razón de mi salida de México fue que me había peleado con el mandamás, que era Caso. Mi carácter puede haber sido parte de falta mía, no lo creo así, pero mi carácter puede ser bastante antagonista, en fin, me puedo pelear. Pero la pelea fue simplemente por una cuestión que llamaría, en cierto modo, libertad o más bien igualdad académica. Una cosa es la jerarquía administrativa, profesional, pero esa jerarquía no debe imponer interpretaciones. Caso era una persona muy autoritaria, era parte del sistema en su tiempo y aparte también personalmente.

El había organizado la Sociedad Mexicana de Antropología y organizaba las mesas redondas. Y desde la primera, las mesas no fueron redondas, tenían una cabecera y allí estaba Caso. Yo asistí a la primera, que fue sobre Teotihuacan, los Toltecas y Tula, y ya percibí la ignorancia de lo que se estaba discutiendo. Cuando otras personas presentaban puntos de vista diferentes sobre la cuestión si era Teotihuacan o Tula... Caso no decía nada, no tomaba posiciones; había discusión, pero una vez que Caso intervenía y tomaba una posición ahí se acababa la discusión. Lo que decía Caso se aceptaba, aunque fuera a regañadientes, por su posición. Caso había hecho mucho por mí, me tenía aprecio, hasta el punto de pasarme su curso de arqueología. Pero en la mesa redonda de Jalapa en 1951 sobre totonacas y olmecas, el joven Sanders que había venido a México y, en fin, yo le había aconsejado sobre la tesis y su preparación, presentó un trabajo de interpretación ecológica, sobre las diferencias socioculturales, demográficas, en la costa del golfo y el altiplano, muy impresionante. Para mí, es el mejor trabajo de Sanders. Lo habrá igualado quizás, pero no lo ha mejorado para mi gusto.

De manera que Sanders lee este trabajo —en cierto modo era una especie de manifiesto, sin pretenderlo conscientemente, pero que yo, Palerm y demás del grupo, lo presentábamos como una especie de manifiesto. De manera que lee el trabajo, no sé si hubo algún comentario pero se levanta Caso y dice: "bueno, todo

eso estará muy bien, pero es muy teórico, la realidad es que la civilización mesoamericana comenzó en la costa del Golfo con la Olmeca". Silencio... ya se iba a levantar la sesión, y pido la palabra: "Un momento, en primer lugar la discusión de la cronología de los sitios olmecas de la costa del Golfo viene en la siguiente sesión. Discutamos este asunto por sus propios méritos". Caso respondió violentamente, yo respondí no creo que tan violentamente porque, sea como sea, era un jefazo, pero en fin, quizás violentamente y nos enzarzamos... Al terminar, entre otras cosas, un colega, Gordon Willey, que estaba sentado junto a mí, me decía: "es que no entiende cuál es la cuestión, que lo que él entiende por civilización..." no entendía que estábamos hablando de densidad de población, de urbanización, de la revolución urbana. Efectivamente no entendía, tenía otro enfoque. Bueno, parece que creía que yo tenía la idea de que Teotihuacan era el origen de todo, o algo así. Por eso dijo: "pensar que el valle de México fue siempre centro de todo porque ha sido centro con los aztecas. No porque ha sido centro con los aztecas. No porque en épocas más antiguas, por ejemplo Monte Albán, claro que estaba floreciente, tenía escritura y demás". "Pero, doctor Caso, Monte Albán está en los altos, no en la costa del Golfo". El secretario o presidente de la mesa que era Borbolla se quedó con la boca abierta y dijo: se levanta la sesión. Bueno, con Caso siempre nos habíamos llevado muy bien y ya digo la discusión no creo que fuera irreverente sino que estaba defendiendo la libertad de discusión. Era una mesa redonda, por lo menos de nombre. Cuando esa noche nos encontramos en el hotel, él bajaba la escalera y yo subía, y lo saludé, "buenas noches, maestro", o algo así, y pasó sin mirarme.

Bueno, después, cuando me propusieron para que redactara el programa preliminar de Mesoamérica, en ese proyecto de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia en el programa de Historia de América, establecido bajo la dirección del doctor Silvio Zavala, Caso me vetó.

Eso llevó a una justicia poética, porque algún tiempo después el doctor Juan Comas, que había sido nombrado coordinador para el periodo indígena, vio que como él no era arqueólogo, no podía coordinar los programas parciales y tuvo un momento de

crisis, porque ese programa tenía que presentarse en una reunión interamericana. Carlos Bosch García, que era el secretario de la comisión de historia, que había quedado a cargo de ella porque el doctor Zavala estaba en Europa, me preguntó si podía hacerlo. Yo había dado un curso sobre eso y podía hacerlo, pero se estaba buscando un lío. Me dijo que él se las arreglaba por ser un caso de urgencia. De manera que en vez de hacer uno de los programas parciales, el veto de Caso me sirvió para una posición más importante, de más prestigio.

Sentía que las puertas se me cerraban, aunque no me echaran. En eso me ofrecieron ir como profesor visitante por un año, a un *college* de los Estados Unidos y al mismo tiempo me ofrecieron un puesto de experto. El gobierno del Ecuador había pedido a la UNESCO un técnico en conservación de bienes culturales y monumentos arqueológicos. El representante del Consejo que decidía estas cosas, que era director del museo de Harvard fue el que dio mi nombre. En parte porque sabían, entre mis colegas americanos, que mi pelea con Caso me estaba cerrando las puertas en México y que necesitaba un apoyo.

Les dije que tenía contrato por un año, pero que si me esperaban yo estaba dispuesto. Fui a los Estados Unidos y enseñé en el *college* durante un año. Después de eso tuve el contrato de la UNESCO para el Ecuador. Me pasé tres años, el contrato original era por tres meses, pero me lo renovaron, hasta que yo dije que si el gobierno no ponía los fondos para llevar a cabo el programa que yo había propuesto, mi puesto aquí no servía para nada, se estaba perdiendo el tiempo y el dinero. Ya para entonces, yo había renunciado a mis puestos en México y ya no se podía volver. Lo mismo le pasó a Kirchhoff, que vio cerrarse las puertas por diferentes razones y no regresó a la Escuela de Antropología. Lo echaron de los Estados Unidos por causas políticas, después de estar siete años allá, probablemente lo descubrieron, probablemente, por denuncia de Wittfogel, en fin... porque había sido miembro del partido comunista alemán y que eso no lo había declarado. Después de un año sabático, al regresar a su puesto en la Universidad de Washington, le dijeron que si regresaba iba a ser molestado por todos. Volvió a México, pero el Instituto no le

dio puesto. La Universidad, donde nunca había trabajado antes, lo acogió. De manera que yo sabía que las perspectivas de regresar a México en esa situación no eran buenas. Mis colegas americanos lo sabían y me ofrecieron puestos allá. Me ofrecieron un puesto de visitante, porque no tenía plaza fija, por un año en la Universidad de Michigan. Estando allá, la Universidad de Southern Illinois que era nueva y buscaba prestigio, se había creado en esos años de auge de la educación, en los años de las vacas gordas, antes de las vacas flacas que vivimos ahora. Bueno, tenían un puesto de nivel más bajo, *assistant professor*, para arqueología de Mesoamérica. El doctor Griffiss, que me había llevado a Michigan, les dijo que yo podía aceptar el puesto si podían elevarlo a una categoría más adecuada y así lo hicieron; era un puesto permanente.

Ahora, Southern Illinois, tiene un clima infernal, la gente es muy amable pero muy provinciana, en fin, un lugar muy aislado, a quinientos kilómetros de Chicago, no es ni norte ni sur ni este ni oeste. Hubiera seguido allá; además, por razones personales esos fueron años difíciles de mi vida. Bueno, estando allá, pensé en volver a México pero ya con fondos para hacer excavaciones en la Quemada, era un proyecto de estudios de la frontera norte de Mesoamérica, con fondos de la National Sciences Foundation en el año 1963. En 1965 comencé el estudio de las chinampas fósiles, con fondos de la misma fundación. Al mismo tiempo me ofrecieron un puesto de visitante, con la remota posibilidad de hacerlo permanente, en la Universidad de Chicago, de gran prestigio, que yo acepté por razones personales. Estuve de visitante allí tres años, pero no me dieron el puesto permanente. Durante ese tiempo venía cada año a México, para temporadas de seis meses porque, eso sí, la Universidad era generosa entonces.

Con el tiempo me dieron algunos trimestres libres aparte de las vacaciones de verano para desarrollar mi investigación sobre el paisaje agrario azteca, pero yo necesitaba un puesto permanente.

Por medio de Pedro Carrasco me ofrecieron un puesto en la Universidad de Stony Brook, me fui pensando terminar mi carrera allá. La situación de la universidad era especial, ni era rural o provinciana, ni urbana, ni siquiera sub-urbana, al margen de esa

gran megalópolis de Nueva York; estar cerca de Manhattan, pero tardar dos o tres horas para llegar.

Entre tanto, en la Universidad de Chicago había planes de expansión, se pensaba crear un programa de doctorado; mi mujer es lituana, llegó como refugiada a Chicago de muchachita y era su centro, sus padres viven allá. Cuando le pregunté me dijo que eligiera lo que a mí más me conviniese pero claro, que le gustaría ir a Chicago. Ya con eso y siendo indiferente para mí, ella se merece esa consideración. De manera que acepté y allá estoy hasta que me retiren, que será este año y el siguiente año académico.

En términos de desarrollo intelectual, a partir del año 1955, desde mi salida de México, cuando yo comencé a trabajar en fotografía aérea y la ampliación que esto dio a mi perspectiva, no he hecho más que continuar. Hay una cosa nueva, quizás, y que no es arqueología. Es que cuando me introdujeron al programa ya en marcha de la Historia de América en la forma que le dije, había habido una serie de reuniones interamericanas preparatorias y habían descubierto que en los programas preliminares, que habían preparado y publicado en Cuba sobre diferentes regiones y periodos, en los programas coloniales, por no decir ya en los nacionales, el indio desaparecía. Es decir, que el programa de historia del periodo indígena no terminaba con la conquista. De manera que el coordinador del periodo indígena tenía que tener en consideración lo que le sucedía a los indios después. Cuando por renuncia de Comas, me pasaron a mí la coordinación del programa, me la dieron ya con esas directrices. De manera que yo, que hasta entonces había terminado mi interés más o menos con Cortés en 1521, tuve que seguir adelante.

—Sus años en México fueron sumamente fecundos, fueron pocos, pero marcaron las líneas fundamentales de todo su trabajo. Luego viene una etapa de consolidación o desarrollo, pero no se gestan tantas cosas como en estos primeros años. En México plantea todos los puntos fundamentales que después va a desarrollar. ¿No piensa usted que en Estados Unidos las condiciones están dadas para estudiar, para reposar, pensar, pero faltan incen-

tivos, inquietudes, preguntas, problemas? Pareciera que el ritmo académico es menos sugerente, menos fértil.

Bueno, en parte sí, pero depende. Aunque la observación que usted ha hecho es correcta, pues es más personal, fue mi propio sentimiento personal, que me llevó a considerar como más importante el pensar que el hacer. Pero de todos modos lo que yo considero uno de mis trabajos más importantes, no sé cómo lo considerará la posteridad, es el de las chinampas y se hizo de 1965 a 1970.

—Pero todo lo del riego lo había planteado desde antes.

Claro, pero incluso en esto de plantear, el desarrollo de mi preocupación se puede resumir con el lema "la historia de América en perspectiva antropológica", claro que puede decir que ya comenzó en 1954, cuando empezó el programa, pero de todos modos esto es normal en la vida. Entre otras cosas porque llega un momento en que uno ve que el fin se acerca y, más que iniciar caminos nuevos, tiene todavía uno tantos cabos que atar que cuantos más caminos se van desarrollando más se complica. Hay algunos colegas del tipo de arqueólogo de safari que lo que les gusta es el *hobby*, pero de lo que se trata es de desarrollar líneas de investigación y llega un momento en que uno hace examen de conciencia y dice: mejor no me meto en cosas nuevas, porque tengo ¡tanto que hacer! Ahora yo tengo tres o cuatro bollos en el horno y que se van a quedar un poquito crudos.

Aparte de eso, hay que precisar los periodos. Por ejemplo, en Southern Illinois, mi puesto era de conservador en el museo de antropología, era sobre todo un puesto de investigación y durante ese año trabajé en mi propio beneficio, ordenando las fechas de radio carbono para Mesoamérica y viendo qué contradicciones había. La otra mitad del tiempo era profesor en el departamento de antropología, daba pocos cursos y me parece que fueron todos para graduados.

En Michigan hacía lo mismo, tenía a mi cargo el museo y tenía algo de contacto con los estudiantes, entre ellos uno de los que yo ayudé a formar fue Phillip Weagan, que es arqueólogo y trabaja en Guadalajara, se casó con una mujer de Etzatlán y ha

estado trabajando en la arqueología de Etzatlán y en la etnología de los huicholes.

Mis tres años de visitante en la Universidad de Chicago fueron en el departamento de graduados y en aquel tiempo había una selección muy selecta, valga la redundancia, porque el departamento de antropología de la universidad tiene un gran prestigio, que comparte con Berkeley. En aquel tiempo se recibían entre 200 y 250 solicitudes y teníamos comités para clasificar a los candidatos por categorías. Y digo que ya eran algo selectas porque los que no tenían muy buenas calificaciones no se atrevían a presentarse y de esas se aceptaban 35 y finalmente se limitaba el cupo a 40. De vez en cuando se colaba algún burro, porque en un *curriculum vitae* las calificaciones no siempre dicen lo que se es. Hay gente muy buena para sacar diez, pero cuando se trata de usar la cabeza en la forma en que se requiere para un estudiante graduado, no dan. Además la facultad de antropología era muy numerosa, unos veinticinco maestros. Cuando yo salí de Southern Illinois y me iba a Chicago lo comenté con un estudiante que se asombró y me dijo que allí todos eran genios, "un momento, le dije, hay genios y visitantes y yo soy visitante".

Pero de esos veinticinco, la mitad no estaban allí porque en eso la universidad era tremendamente generosa. Así, cuando nos reuníamos y preguntábamos dónde está fulano, que está en Marruecos y zutano en la India. La teoría era que los cursos no importaban tanto, era el ambiente, el caldero y había que poner a estos estudiantes en un ambiente de comunicación. Ahora eso ha cambiado, la facultad entre otras cosas ya no tiene esa libertad de investigación que tenía antes, porque estamos en tiempo de vacas flacas. Ahora hay que dar gracias a Dios si se llena el cupo con los solicitantes que pueden pagar el costo, que son del orden de los ocho mil dólares por curso académico. Muy poca gente puede pagar eso, si tienes el dinero *no questions are*. De manera que ha cambiado. Un colega prehistoriador, que trabaja en las cuevas del norte de España y que vamos a enseñar juntos en un seminario, dice que la calidad de los estudiantes ahora es muy baja.

Aparte de eso, en Stony Brook, estuve de 1968 a 1972. El departamento de antropología tenía *under graduate* y *graduate* y

ahora se está discutiendo el sistema donde el estudiante se formaba su propio programa. Hoy se está discutiendo a dónde nos ha llevado eso. Pero en fin se dan cursos de antropología a nivel de *college*, que son cursos generales, con la esperanza de engatusar a algunos de los estudiantes a que hagan su *major* en antropología porque de eso depende que no nos recorten más el presupuesto del departamento. El número de cabezas de ganado que puedes presentar es lo que cuenta a la hora de la distribución. Yo por lo general no enseñaba a este nivel de principiantes salvo algún curso de introducción a la arqueología.

Luis Faro estaba aterrado de la posibilidad, habiendo convencido a las administraciones de la necesidad de desarrollar ese programa de doctorado, de que no hubiera un número suficiente de solicitudes y la administración le pudiera decir algo. Se admitía a todo mundo, la demanda era un poco menos de lo que se había esperado, simplemente por la localización. Por buena que sea una facultad lleva algunos años, como todo, para tener prestigio. Los estudiantes que tuvimos allí fueron becados de partes bastante distantes, incluyendo un chileno, que había pasado por México, y un venezolano.

La Universidad de Illinois de Chicago, tiene un departamento de antropología y de sociología independientes. Y se pensó desarrollar un programa de estudios graduados, todavía era el tiempo de las vacas gordas y había bastante demanda. A mí me contrataron para reforzar el doctorado, pero eso coincidió con el inicio de la crisis económica y la crisis demográfica. Demográficamente el periodo de expansión había terminado, la generación de los niños que nacieron después de la guerra, que eran de tres o cuatro hijos, era bastante abundante. Pero después ya durante los setentas, vino la baja. Además hubo una tremenda expansión de la educación superior, lo que la afectó por la inflación de los grados. Para muchísimas ocupaciones antes de la guerra, el diploma de *high school* era perfectamente aceptable y en términos de educación, suficiente. Luego empezaron a dar preferencia a los que tenían bachillerato lo que llevó a la producción en masa.

En nuestro departamento la calidad de los graduados tiende a ser baja, los hemos tenido buenos, pero también los tenemos de

muy baja calidad. En parte por eso, por el fallido desarrollo del programa. Un estudiante capacitado ¿para qué va a ir a un departamento donde no puede sacar más que la maestría? Con la maestría en antropología no se hace nada profesionalmente. Muy poquito, ser profesor de ciencias sociales en *college*.

Hemos tenido algunos estudiantes buenos, alguno en arqueología y especialmente en antropología física porque teníamos una buena planta. Aunque esto también se está erosionando. Tenemos unos pocos graduados de maestría que los hemos podido recomendar y colocar, creo que uno fue a Colombia, otro para Harvard. Pero, es un programa trunco. Hay otra cosa, hubo que convencer a los legisladores del estado que tienen que votar por el presupuesto y no estaban muy convencidos. Porque la Universidad de Illinois, establecida inicialmente en 1867, tenía una tendencia más bien práctica, agricultura y demás, para las nuevas tierras; de ahí que la escuela de agricultura sea muy buena. El *campus* está en una conurbación de dos pueblos, en el centro del estado. La justificación social de establecer otro departamento de antropología, porque somos dependientes de la Universidad de Illinois, era ofrecer la posibilidad de estudios avanzados en antropología a estudiantes metropolitanos de Chicago, de medios económicos limitados, que tienen que trabajar antes de tiempo. Pero eso quiere decir, junto con la falta de desarrollo del programa, que recibimos muchos estudiantes y que no tenemos que tener un criterio de selección demasiado cerrado, porque no estaríamos cumpliendo con nuestra función social. Muchos de los estudiantes vienen con la idea de mejorar sus sueldos de profesores de secundaria.

De manera que esa es la situación del estudiantado y los programas en los Estados Unidos.

—Me surgió una especie de reflexión metodológica con respecto a su estudio de las chinampas. Primero estudiar lo conocido, lo que se puede conocer, lo vivo y luego pasar a los fósiles. Hay algo de eso en su metodología.

No sólo eso, la recomiendo. Y no solamente para la investigación sino hasta para la enseñanza, cuando hay proyección

histórica. Eso lo recomiendo teóricamente, pero no soy un docente por vocación. Mi vocación es la investigación y la docencia la tengo que mantener por obligaciones. El curso de arqueología, de desarrollo de la civilización en México, debería comenzar con los aztecas e ir hacia atrás hasta los orígenes. Pero lo que se hace, por ejemplo, en muchos textos y yo lo he hecho también en algunos de mis cursos, es hacer una introducción que es realidad de etnohistoria —el panorama de mesoamérica en la época de la conquista— y se salta al mero comienzo de la domesticación de plantas. Y si no se hace así se comienza con el cultivo de plantas, el complejo agrícola básico de mesoamérica. En fin, como mucho de lo que tenemos que interpretar son restos arqueológicos, que siempre son muy parciales, tenemos que llenar, tenemos que explicar saltando constantemente hacia la analogía, que puede ser falsa. Porque digamos, el sistema religioso azteca: que Tlaloc era Dios... presentando la cosa de abajo para arriba, de lo más antiguo a lo más reciente, entonces tenemos que ubicar los primeros indicios de Tlaloc, pero con la idea preconcebida, acerca de las raíces del concepto de Tlaloc entre los aztecas, porque para la explicación tenemos que aplicar la plantilla mental. De hecho, yéndome a los comienzos de la agricultura en mesoamérica, en el congreso de americanistas de España de 1964, cuando asistí en persona, dije que sería más adecuado trabajar hacia las raíces que andarse por las ramas. Y para la investigación lo mismo. Los arqueólogos, y esto es bastante universal, tienden a buscar los orígenes más antiguos, de manera que para México, arqueológicamente sabemos más sobre los olmecas o sobre los comienzos de Monte Albán, o sobre Teotihuacan, pero tenemos muy poca arqueología azteca propiamente dicha. No mucho sobre Tula, prácticamente nada para el centro de México. Nada en términos de poder presentar el desarrollo cultural para el periodo entre la caída de Teotihuacan y el florecimiento de Tula. Metodológicamente el proyecto que se malogró con la crisis de 1976 era que íbamos a planear, a planificar la investigación arqueológica de Michoacán a partir de los tarascos históricos. No se había formado el equipo. Pero la metodología era procurar comenzar con el periodo más reciente. Si no pasa como lo que a un grupo de jóvenes estudiantes

graduados que trabajaban en un proyecto dirigido por un distinguido y competente colega, en una región para la cual no se había establecido una sucesión cerámica. De manera que al comenzar el muestreo de superficie, el reconocimiento general del área, había tipos de cerámica que se podían situar por referencia a series de fuera del área. Andaban perdidos porque no había una cronología. Es un área en la cual la Relación Geográfica del siglo XVI da una lista muy detallada y señala una cabecera muy importante, con un gran número de sujetos. Una lista muy larga de pueblos que no da los nombres indígenas, pero da los nombres de las iglesias, lo cual ayuda más quizás, porque tienes el final de la serie indígena y se puede ir más para abajo. Comenzar por lo más reciente en vez de empezar por lo más antiguo. Por ejemplo, en la arqueología en México, comenzar por buscar basureros que contengan material con muestras españolas e indígenas, ahí tenemos el final de la serie indígena y de ahí poder ir para abajo.

Mire lo que se hizo hace poco en Cholula, en las excavaciones para hacer arqueología urbana, porque es probablemente el lugar poblado más antiguo de toda América. Coincidiendo con los comienzos de Teotihuacan, con los comienzos de la época cristiana, ya Cholula debía haber tenido alguna importancia y no conocemos más que la pirámide, desgraciadamente. Pero en fin, tomando esto como índice, la pirámide que está cubierta por todas esas superposiciones cuyo resultado final es la gran pirámide de Cholula, indica que el pueblo tenía su importancia. Después en el interior de la pirámide, que fue explorado por medio de túneles, se ven las superposiciones sucesivas que reflejan que existía una comunidad bastante importante, contemporánea con el desarrollo de Teotihuacan.

Después, el gran periodo parece seguir las descripciones de Teotihuacan, pero el caso es que Cholula estaba ocupada, era una ciudad importante en 1519; de hecho los españoles la reconocieron como el primer centro urbano que encontraron en las américas. Porque, desde luego no había centros urbanos de este tipo en las Antillas, incluso en la costa del golfo, la cabecera de Tlaxcala tenía la peculiaridad de estar dividida en cuatro partes, de manera que tampoco se veía. Pero llegan a Cholula y en la segunda carta

de relación, Cortés informa al rey del gran mercado de Cholula, que había pordioseros, mendigos pidiendo limosna y creo que menciona también prostitutas, ladrones. Lo mismo que en otras partes donde hay gente de razón. Esa es la descripción de Cortés de las manifestaciones urbanas y que todavía siguió durante la colonia porque era un pueblo indígena muy importante.

Al punto que quería llegar es que, en Cholula, cuando se dispuso de fondos para una investigación lo que querían hacer algunos de los arqueólogos jóvenes que primero dirigieron el trabajo, era una investigación integral del patrón urbano. Pero vinieron los tradicionalistas y los políticos, el gobernador, y dijeron que no, que lo que interesaba era la pirámide y claro se perdieron en toda esa complejidad de superposiciones interesantísimas, la variedad de estilos y demás. A un lado de la pirámide, descubrieron una zona muy extensa de cimientos, de lo que indudablemente eran casas habitación. Cuando lo vi, durante una visita que hice en ese periodo a Cholula, unos dos años después para ver las excavaciones, todo eso lo habían levantado. Aparentemente sobre la base de que era colonial, en fin que era después de la conquista, porque había elementos hispánicos allá. Entonces eso ya no es arqueología. Ese es el criterio que rige, en lugar de tomar la época de contacto como base, como clave, como nivel de referencia.

—¿Cuáles serían los puntos de relación que usted estableció entre el conocimiento previo que tuvo de las chinampas vivas y luego con los restos de chinampa?

Las chinampas que han perdurado son antiguas, se ha reducido el área de chinampas a partir, probablemente, no del siglo XVI sino del XVII, porque durante el siglo XVI, después de la conquista, pueden haber estado todavía en expansión. Pero en fin, las relaciones, los ejes del sistema, las alineaciones y demás se conservan todavía. En algunas partes ya borrado, como toda parcelación que comienza regular, después en trasposos por herencia, o esto o lo otro, pues una media parcela se va para allá y resulta un patrón irregular. Pero en fin, uno puede trazar ejes de canales antiguos que continúan con los canales todavía en uso en

Xochimilco y en otras partes de chinampas. En cuanto a la cosa más general, para el conocimiento de las necesidades, de las ventajas de la construcción de los camellones de poca anchura —la longitud no importa, pero de poca anchura, para facilitar la infiltración del agua— son esenciales las explicaciones de los chinamperos acerca de la necesidad de mantener el nivel de las chinampas para la infiltración del agua y la humedad. Porque con la fertilización o adición de suelo nuevo, con el lodo de los canales, va aumentando la altura y llega un momento en que tienen que rebanar la chinampa, porque si no la cosecha no será igual ya que la humedad no se infiltra al nivel de las raíces. No son tan explícitos, pero lo saben muy bien. Es un trabajo que les duele tener que hacerlo, porque es un trabajo improductivo, barriendo, rebanando la parte sobrante, pero que es necesario.

Hay que saber, por lo tanto, no dónde sino cómo interpretar las sombras en las fotografías aéreas de las zonas de chinampas que se han comprobado con los pies.

—Don Pedro, nuestra generación tuvo como maestros a Angel Palerm y sus discípulos. Y vemos que muchas de sus preocupaciones iniciales, fueron continuadas por ellos, todo esto de la cuestión hidráulica, la guerra, la problemática de la urbanización, la importancia de la etnohistoria. ¿Cuáles serían las relaciones entre su producción y la de Angel Palerm, sus puntos de contacto?

En un principio bastante estrecha, yo me pondría simplemente como el que señala la dirección, yo pude haber sido el iniciador de esas cosas, por la diferencia en formación, simplemente porque me metí en antropología unos pocos años antes. Pero como ya dije, esos años se fueron constituyendo como muy fructíferos en la historia de la antropología. No faltaron influencias mutuas y también digamos ideas, o el eco, la réplica a las ideas. De manera que hay que pensar en ese grupo, en esos seminarios, a partir de mi regreso de los Estados Unidos; después de la beca —de 1948 a 1951— que creo que fue el año que se fue Palerm y también Sanders, que habían terminado su trabajo, Wolf también. El grupo incluía, no todos al mismo tiempo, pero con

muchas relaciones, a Palerm, Sanders, Wolf, José Luis Lorenzo, Molins y algunos otros. Fueron varios seminarios, no sé si se conservarán en la escuela de antropología los programas de aquellos años. El título de los seminarios no lo recuerdo. Parece que lo conservan, porque en aquel tiempo publicaban un folletito con lo que se hacía durante al año. Uno de esos era sobre la guerra; el director de la escuela, que en ese tiempo era Dávalos, me lo pidió.

—¿Cuáles eran las corrientes teóricas predominantes en ese tiempo en la ENAH? Kirchhoff fue un poco el impulsor...

Sí, es el que daba el tono en antropología cultural. Porque el resto de los profesores que había no tenían, no digo la educación, pero sí la amplitud de miras teóricas. Digamos, Jiménez Moreno conoce muchísimo pero no le preocupa y quizás hasta la repele, creo, la teoría. Realmente el que nos introdujo a todos a la teoría antropológica, teoría etnológica, fue Kirchhoff. El nos presentaba diversas escuelas. Claro algunas de esas escuelas eran ya caducas en su tiempo y nos lo decía. Veíamos los principios básicos del difusionismo, etcétera.

—Ahí, entonces, surgiría esta preocupación de Angel Palerm por la teoría etnológica.

Sí, aunque Angel no llegó a ser discípulo de Kirchhoff directamente, aunque la corriente siguió mucho más allá. Kirchhoff salió de la escuela y salió de México en 1946, pero pudo haber algo a través de otros.

Bueno, por ejemplo, mire usted, una preocupación de Angel que yo no comparto es que creo que él se pasó de wittfogelismo. Yo no acepto la teoría de Wittfogel como se aplica a mesoamérica y hasta como se aplica a China, a los orígenes chinos, porque parece que puede ser un buen análisis de la sociedad china de alguna dinastía ya madura, pero no para aplicarla al origen. Bueno, eso sería toda una historia.

Quien me introdujo a mí a Wittfogel fue Kirchhoff. En uno de los cursos habló algo de la relación entre sistemas de cultivo y agua. Nos mencionó la obra en alemán y creo que había sido

maestro de Kirchhoff. Wittfogel, creo que todavía vive, pero debe ser muy viejo ya, era unos cinco años mayor, una relación un poco como la mía y la de Palerm. Un poquito más viejo, pero que había alcanzado a ser, por esa diferencia de una generación académica, su maestro o su tutor. Creo que habían tenido esta relación. Aquí se hizo una traducción al español, a máquina, de un artículo de los más fundamentales de Wittfogel, en cuanto a la concepción de la teoría que se publicó en una revista alemana, pero publicada en Francia. Ese artículo fue mi introducción a Wittfogel y de Pedro Carrasco también.

De manera que cuando Pedro Carrasco el año de 1945 o 1946 fue a la Universidad de Columbia para hacer el doctorado, yo llegué en 1947 con la beca Guggenheim. Me dijo Pedro que había hablado del trabajo que estaba haciendo, sobre regadíos en Mesoamérica, a Wittfogel y que quería conocerme. De manera que arregló una cita para ir a comer a un restaurant chino. Luego Wittfogel me invitó a visitarle en su oficina y yo le llevé todas las fichas que había hecho sobre regadío y quedé muy entusiasmado y me dijo: "Hombre, mire usted, he estado trabajando con eso, pero usted indudablemente ha utilizado otro tipo de fuentes y además conoce directamente la región". En fin, me propuso colaborar, porque estaba trabajando en un libro y me decía que trabajando sobre eso había acumulado demasiado detalle sobre Mesoamérica, pero vio que no tenía la información mía. El había utilizado las fuentes generales, los códigos. De manera que me propuso una colaboración de la cual yo me excusé, en mi concepto muy hábilmente. Entre otras cosas, porque en primer lugar la aplicabilidad de su teoría, de la sociedad oriental a Mesoamérica, ya entonces, con menos conocimientos, no me parecía, aunque él quería convencerme. Y porque además ya Pedro Carrasco me había puesto en antecedentes: "ten cuidado, porque este tipo es un explotador". Tenía un montón de chinos trabajando como chinos, haciéndole el trabajo, para que el maestro pudiera pensar. No es que les robara el trabajo, pero tenía una serie de esclavos para la producción básica, para que el maestro no tuviera que ensuciarse las manos. De manera que me excusé, con la manifiesta mentira de que por mis obligaciones con este proyecto de la Guggenheim,

no podía comprometerme en otro trabajo. Lo cual como ya le dije era mentira, porque la fundación no me puso condiciones.

Y, yo fui el que introduje a Palerm a la obra de Wittfogel. Y cuando Palerm fue a los Estados Unidos a la Unión Panamericana le di la dirección para que viera a Wittfogel. En fin.

BIBLIOGRAFIA DE PEDRO ARMILLAS

- 1944a "Sobre la cronología de Teotihuacan", *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, D.F., pp. 301-304.
- 1944b "Exploraciones recientes en Teotihuacan", *Cuadernos Americanos*, No. 4, México, D.F., pp. 121-136.
- 1944c "Oztuma, Gro., fortaleza de los mexicanos en la frontera de Michoacán", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Vol. No. 3, México, D.F., pp. 165-175.
- 1944d *El problema de la cerámica anaranjada delgada*. Escuela Nacional de Antropología, publicación No. 1, México, D.F.
- 1945a "Expediciones en el occidente de Guerrero febrero-marzo 1944", *Tlalocan*, Vol. II No. 1, México, D.F., pp. 73-85.
- 1945b "Los dioses de Teotihuacan", *Anales del Instituto de Etnología Americana*, Vol. VI, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.
- 1945c "Pedro R. Hendrich, por tierras ignotas", (Reseña), *América Indígena*, Vol. V No. 3, México, D.F., pp. 258-261.
- 1945d "John M. Longyear III, Archaeological Investigations in El Salvador" (Reseña), *América Indígena*, Vol. V No. 4, México, D.F., pp. 342-344.
- 1946a "Los Olmecas-Xicalanca y los sitios arqueológicos del suroeste de Tlaxcala", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Vol. VIII, México, D.F., pp. 137-145.
- 1946b "Alfred Métraux, nota etnográfica sobre los indios mataco del Gran Chaco argentino y estudios de etnografía